

OPINIÓN

PAULA BONET

Algunos de ellos muerden, algunas de ellas hablan

No te preocupes, que con el tiempo se calman”, le dijo su suegra. Aprovechó que ese día estaba sola en casa. La llamó para intentar aliviarla. Sabía la suegra que su hijo le controlaba el teléfono móvil y la llamó al hijo. No añadió mucha cosa más. “¿Estás bien?”, preguntó, y Laura le dijo que sí, que no se preocupara. Colgó el auricular y se acordó de cuando el suegro se enfadó y estuvo un mes sin dirigirle la palabra a la suegra. Hacía como si en casa no hubiera nadie, pero exigía que a la hora de siempre la mesa estuviera puesta. Dormía en el sofá y solo entraba a la habitación para coger la ropa que cada mañana encontraba limpia y doblada sobre la cama. Una noche se levantó y meó en las cortinas. Las cortinas quedaron amarillas y el suelo pegajoso. La suegra parecía consumida y lucía unas oscuras ojeras permanentes, estaba con el suegro desde que se quedó embarazada a los 16 años. “Los dos son muy gritones y se enfadan si las cosas no se hacen como ellos

dicen”, le decía a Laura, “pero son buenas personas”.

“Llama a tu madre y dile que Manuel y tú no os encontráis bien”, le dijo su suegra a Esther después de que su hijo le propinara una paliza. El pobre no estaba en su mejor momento y aquella mañana llegó a casa borracho, seguramente no sabía lo que hacía. Esther llamó a su madre y le dijo que no irían a comer. Acostó a Manuel y se aplicó yodo sobre los mordiscos y los golpes que le había propinado en la cara, el cuello y el brazo. Tomó un ibuprofeno e intentó descansar. Cuando Manuel se despertó, Esther le preguntó qué le había pasado. “No lo sé, pero te habría matado”, respondió avergonzado. Lo denunció unos meses más tarde. Consiguió una orden de alejamiento y años después se celebró el juicio. El juez condenó a Manuel, que había estado paseándose tranquilo por la ciudad dando por hecho que la víctima era él, porque es una buena persona, y a las mujeres que se atreven a hablar de intimidaciones violen-

tas nadie las cree, exageran las cosas, y suelen acabar todas en el mismo saco, uno ridículo. Es lo que pasa cuando alguien quiere llamar la atención o intenta joderle la vida a un buen hombre.

En *Ellas hablan*, Miriam Toews hace un ejercicio excelente a través de una ficción que ilustra perfectamente el asunto. “Entre 2005 y 2009, en una remota colonia menonita (...), muchas mujeres y niñas se levantaban por la mañana doloridas y con sensación de modorra, con sus cuerpos amoratados y sangrantes como consecuencia de haber sido agredidas por la noche. Estas agresiones se atribuyeron a fantasmas y demonios. Ciertos miembros de la comunidad eran de la opinión de que o Dios o Satán estaban castigando a las mujeres por sus pecados; un grupo muy numeroso las acusaron de mentir para llamar la atención o encubrir adulterios: hubo incluso quienes creyeron que era todo fruto de la viva imaginación femenina”. En 2011, un tribunal condenó a aquellos hombres. Fueron

otros hombres los que los llevaron ante la justicia al descubrir que habían estado administrando anestésico para animales a las mujeres de las que abusaban.

Laura y Esther se conocieron hace una semana en la playa del Voramar gracias a una amiga común que las puso en contacto. Cuando Esther explicaba alguno de los episodios con Manuel, Laura era capaz de avanzar al desenlace. Se reconocían en la otra y aquello las reconfortaba, aunque la marca de los dientes de Manuel siguiera visible y amenazante en la mejilla y el cuello de Esther. Las dos mujeres sanaban ligeramente al hablar, ambas habían hecho públicos sus episodios de violencia y las dos sabían que la gran mayoría creía que era todo fruto de “la viva imaginación femenina”, como en la ficción de Toews. Parece que también en la vida real han de seguir siendo los hombres quienes señalen a los otros hombres: cuando ellos hablan es más fácil que la justicia —y la opinión pública— nos crea.

La pérdida del sentido de la maravilla

VICENTE LUIS MORA

A leer *Ronchamp*, del arquitecto Rafael Moneo, dedicado a la capilla homónima de Le Corbusier, recuerdo cómo llegó ese singular edificio a mi vida, quebrando mis limitadas concepciones sobre arquitectura. Tendría 10 años, y mi profesora de EGB en Palma del Río, Belén Liso, viendo que me gustaba leer, me prestó libros, entre ellos uno titulado *Las nuevas maravillas del mundo*. Por más vueltas que he dado en librerías de viejo y portales en línea, donde abundan libros homónimos o parecidos, no he sido capaz de encontrar aquella edición. En ella apareció bruscamente Ronchamp como un edificio extraterrestre. Pensé que era un templo de otro mundo, pero en realidad era un hito de otro tiempo, una contemporaneidad estética a la que yo aún no había llegado. Siempre he creído que esas imágenes de nuevas maravillas arquitectónicas ampliaron mi sentido del mundo y mi educación estética, lo que debo agradecer a mi maestra favorita.

Recorrer estos días en webs librerías los numerosos libros sobre maravillas mundiales que se publicaron en España en los años setenta y ochenta, que en total suman unos pocos centenares de imágenes, ha reactivado una preocupación constante que tengo desde que aparecieron las redes sociales: entre otros importantes daños colaterales —incremento de los problemas de autoestima, ansiedad, polarización política, adicciones, ciberacosos, estafas, escritores—, las plataformas centradas en la imagen, especialmente Tumblr e Instagram, son responsables de un crimen cuyas implicaciones aún no podemos evaluar: la pérdida del sentido de la maravilla.

Cada vez quedan menos rincones a salvo de la fotografía humana. Escasean las zonas vírgenes, todo está registrado por los objetivos. Hace unos años, se pudo recorrer gracias a un dron dotado —cómo no— de una cámara un terreno casi inaccesible en un país asiático. Gracias a los satélites, se ha podido localizar y retratar el Punto Nemo, el lugar más distante de cualquier territorio terrestre, ubicado en el centro del océano Pacífico, al que sola-

Las plataformas que se centran en la imagen son responsables de un crimen: ya nada nos asombra

mente llegan plásticos errantes. El científico Julian Bayliss descubrió en 2018 un espacio selvático virgen en Mozambique mediante Google Earth, aplicación con la cual también se han hallado yacimientos, ruinas, tribus aisladas y supervolcanes. Todo indisolublemente unido a su captu-

ra de imagen, por lo que retrato y descubrimiento son ya simultáneos. Los infinitos turistas recorren el globo cámara en mano, más pendientes de retratarse retratando que de observar la novedad bullente ante sus ojos. Productores y acumuladores de fotos, somos bancos de datos de

imágenes (Bill Viola) que, a su vez, consultan bancos de datos de imágenes. Preferimos comprar discos duros a borrar instantáneas, porque eliminar fotografías, según Jorge Franganillo, lleva aparejado pensarlas. Visitamos de forma sistemática los monumentos y los lugares únicos para saquear imágenes, agavillar estampas ágidas, encadenar jardines inmarcesibles, disminuir la maravilla y convertir los emplazamientos privilegiados en meros sitios, en lugares comunes. Nada nos asombra. Ya no cabe el cliché del “marco incomparable”, acuñado en épocas parcas en maravillas, porque abundan los marcos de intercambiable belleza, de cansina intensidad plástica. Queremos darnoslas de exploradores, “pero ya no queda nada por conquistar, ningún pedazo de tierra. Por los desiertos circulan motocicletas, y las montañas heladas se han convertido en insalubres vertederos” (Javier Moreno, *Acontecimiento*). Camilo José Cela escribió: “En esta vida, recuérdalo siempre, basta con no estar distraído para estar maravillado”; hoy esa frase ha perdido parte de su sentido. Las imágenes de lo maravilloso son tan copiosas que necesitamos de filtros, audaces escorzos, grandes angulares, riesgosas poses al borde del abismo o drones para intensificar el énfasis, para acrecentar lo grande, para maravillar la maravilla.

Justo cuando una enorme cantidad de tesoros animales, vegetales o marítimos se malogran por derretimiento, polución, incendio, riada o desertificación, poseemos más imágenes de ellos que nunca. Como si nuestras cámaras supieran que esas maravillas van a extinguirse y las coleccionasen en legítima defensa, a título de vestigio, como las mariposas arrumbadas en los sótanos de las facultades de Biología. Devastamos el planeta al mismo ritmo que lo retratamos y sólo nos sobrevivirán los simulacros. *El innombrable*, de Samuel Beckett, decía: “Sí, es de desear, acabar es de desear, acabar sería maravilloso”. Quizá la única maravilla por delante.

Vicente Luis Mora es escritor. Su última novela publicada es *Centroeuropa* (Galaxia Gutenberg).

FLAVITA BANANA

